EL MINISTERIO DE LA RECONCILIACIÓN

Perspectivas y desafíos espirituales y pastorales

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v61i215.165>

LUIS RUBIO*

«Se nos ha confiado el ministerio
de la reconciliación» (2 Cor 5, 18)

El ministerio presbiteral sigue siendo objeto de atención en los ámbitos eclesiales tanto en lo que se refiere a su identidad teológica como a su dimensión existencial o a su vertiente práctica de actuación pastoral. El Año de la misericordia ha traído, como era de esperar, una insistencia en las actitudes y exigencias de ser testigos de la misericordia de Dios para con el pecador, especialmente en la administración del sacramento de la confesión o reconciliación.

Ya el hecho mismo de que se haya producido un cambio de nombre de este sacramento, desde el nombre tradicional «de la confesión», con el que se privilegiaba el acto del penitente que manifiesta oralmente su pecado, o «de la penitencia», que subraya más o el arrepentimiento previo o el acto posterior de la satisfacción mediante alguna obra que manifestara o reparara el daño del pecado, a la designación como sacramento «de la reconciliación» obliga a reflexionar sobre lo que esta terminología entraña para la comprensión no ya solo del sacramento sino del «misterio de la reconciliación» y lo que esto significa para una comprensión renovada del ministerio presbiteral y para la vida misma y la acción pastoral de los presbíteros.

A ello queremos contribuir con estas reflexiones sobre las perspectivas y desafíos existenciales y pastorales, que se derivan de una adecuada comprensión de ese «misterio de la reconciliación», que es la obra de Cristo, y de cuya misión de «Buen Pastor que reconcilia y congrega» son constituidos y configurados los presbíteros como «sacramentos personales». Lo hacemos con la intención sobre todo de ayudar a los presbíteros y en particular a los formadores de los futuros presbíteros a discernir y confor-

* Luis Rubio Morán es Sacerdote Operario Diocesano. Licenciado en Sagrada Escritura, ha trabajado en la formación sacerdotal. Actualmente reside en Salamanca.

mar las actitudes y comportamientos de los que se presentan para asumir el ministerio presbiteral y dotar a la Iglesia de «pastores según el corazón de Dios», seducidos y capaces de manifestar y actualizar ardorosamente el «misterio de la reconciliación» obrado por Dios en Cristo.

1. EL MISTERIO CRISTIANO COMO «MISTERIO DE RECONCILIACIÓN»

No puede haber reflexiones y sugerencias adecuadas sobre ningún aspecto de la identidad y existencia de las vocaciones de los cristianos si no se enraízan y se percibe la coherencia entre el «misterio cristiano» del que somos beneficiarios y el ministerio que a dichas vocaciones se les encomienda. Así ocurre también con el ministerio de los presbíteros, en los que se cumple, como en todas las demás vocaciones, el principio recogido en la Exhortación postsinodal sobre la formación de los presbíteros (12 y 74: *del misterio al ministerio*).

1. *Una perspectiva renovadora en la comprensión del misterio cristiano*

El misterio de la salvación realizada en y por Cristo en su misterio pas-cual, y al que el creyente se incorpora y hace suyo por el bautismo, y la eu-caristía, se expresa en la Biblia por medio de varias metáforas influidas por el contexto del judaísmo y del helenismo en que se realizó y se comunicó.

Dichas metáforas se polarizan en torno a cinco campos semánticos fundamentales: *justificación*, *expiación* (o sustitución vicaria), *rescate*, *li-beración* y –especialmente en san Pablo– *reconciliación*¹.

Estos cinco campos no se hallan simplemente yuxtapuestos, sino que se alternan y entrelazan entre sí, se corrigen, complementan y afianzan mutuamente. Pero en la reflexión teológica y espiritual cristiana, al ser concebidos y presentados por separado y como absolutos, no han dejado de provocar profundas y lastimosas polémicas así como de condicionar la vivencia de ese mismo misterio cristiano en líneas diferentes y a veces contrapuestas. De las que todavía hoy somos víctimas.

Los campos de justificación, expiación y rescate encuentran hoy fuertes dificultades. El de la «justificación», por sus connotaciones de orden foren-se, por estar envuelto en la violenta polémica de Pablo contra la función salvífica de la Ley contra los judaizantes en sus Cartas a los galatas y a los

1. Así se expresan los estudiosos de la figura y de las cartas de san Pablo, como por ejemplo, J. Becker, *Pablo, el apóstol de los paganos*, Salamanca 1997, 473-488, especial-mente 484-486; S. Vidal, *El proyecto mesiánico de Pablo*, Salamanca 2005, 105-130.

filipenses, y haber sido objeto de tanta polémica a lo largo de la historia en su presentación en la Carta a los romanos. Los de «redención» y «expiación», por sus connotaciones culturales, sacrificiales y hasta socio-comerciales, de tan difícil comprensión en la mentalidad actual (pagar un precio y, sobre todo, un precio de sangre). El de «liberación» —con toda su riqueza y profunda adecuación a la dimensión antropológica de la libertad en y por la verdad, especialmente en la perspectiva de san Juan, y tan presente en las últimas décadas— se ha visto contaminado por su extensa y en ocasiones reductiva referencia a los aspectos económicos y sociopolíticos.

El que tiene un tono totalmente positivo, de alguna manera los sintetiza todos y, según grandes exegetas contemporáneos, probablemente expone con mayor profundidad y riqueza el contenido salvífico de la obra de Cristo, es el de «reconciliación».

J. Becker afirma: «Pablo entrelaza en Rom 5, 1-11 esos ciclos de enunciados [los cinco campos semánticos mencionados] dando como resultado una sorprendente afinidad con 2 Cor 5, 14-6, 2 [el texto más importante sobre la reconciliación]. Cuando Pablo persigue en 2 Cor 5, 14-6, 2 una síntesis de la predicación cristiana primitiva orientada a lo fundamental, ese objetivo coincide con Rom 5, 1-11 [texto clásico de la justificación y reconciliación]». En este texto, «una segunda idea [junto a la de justificación] presenta al hombre como enemigo de Dios (5, 10; 11, 28), pero Dios se reconcilia con él. Esa reconciliación (5, 10-11; 11, 15; 2 Cor 5, 18-20) lleva de la hostilidad a la paz (Rom 5, 1; 3, 17; 8, 6; 15, 33; Flp 4, 7.9). Los cristianos son antiguos enemigos de Dios que hicieron las paces con él»².

Y ensalzando la importancia de los textos sobre la reconciliación, a pesar de su relativa escasez, afirmará: «El concepto aparece a hora temprana [Carta a los corintios] y en un pasaje importante, y ocupa un lugar destacado también en su última carta [Carta a los romanos], incluso en dos pasajes de la misma, lo cual indica que posee relevancia para Pablo»³.

2. El sentido de los textos

No son muchos los textos bíblicos que usan explícitamente la terminología de «reconciliar-reconciliación» (*katallasso-katallagé-apokatallasso*). El sustantivo «reconciliación» (*katallagé*) se encuentra diez veces, todas en el Nuevo Testamento y propiamente solo en san Pablo (y en su escuela): 1 Cor 7, 11; 2 Cor 5, 18-21; Rom 5, 6-11; Ef 2, 16; Col 1, 20.22.

2. J. Becker, *Pablo, el apóstol de los paganos*, 429-430.

3. *Ibid.*, 464.

En el Antiguo Testamento griego solo aparece dos veces: Jr 31, 39; Is 9, 4; en la traducción latina oficial, la Vulgata, cuatro. Se atribuye a Dios, del que se desea y espera que se muestre de nuevo favorable deteniendo la destrucción que afecta al pueblo (2 Mac 1, 5; 7, 33); se experimenta en el retorno del destierro y en la reconstrucción de Jerusalén (Is 60, 10); en Eclo 44, 17, en el elogio de Noé, se afirma que fue hecho «reconciliación». En todos estos textos la expresión guarda relación con la cólera, ira, irritación divinas. Las traducciones actuales no usan en estos textos el término «reconciliación», sino que, más fieles al original hebreo, traducen por «gracia», «clemencia» o, como en el caso de Noé, por «fue preservado».

Algunos otros textos del Nuevo Testamento, muy pocos, usan términos emparentados con el de reconciliación, y con frecuencia son traducidos con él, pero el sentido reviste matices diferentes. Así, Mt 5, 24 (*diallasso*) significa «dejar libre», «liberar»; «soltar», lo mismo que Heb 2, 15 (*apallasso*). No entran, por lo mismo, en nuestra consideración.

Los textos, que, como se advierte, se encuentran en su mayoría en la Carta segunda a los corintios, se sitúan en el contexto de la defensa que Pablo se ve obligado a hacer de su ministerio frente a los adversarios que habían perturbado a la comunidad de Corinto discutiendo su autoridad. La defensa se apoya en la vinculación de su ministerio apostólico con el Cristo resucitado y su personal relación con Él, como fruto de la obra de reconciliación por Cristo llevada a cabo y la encomienda que de Él ha recibido de ser «embajador» de esa reconciliación.

La terminología elegida para describir esa obra de Cristo no es la habitual perteneciente, como hemos visto, al orden cultural-ritual (expiación, sacrificio, reparación), ni al jurídico o forense (redención, rescate, precio, justificación), sino la de la «reconciliación», más existencial, de alcance individual o social, en el ámbito de las relaciones interpersonales⁴.

Ya la misma etimología (*ka-allasso* / *kat-allagé*), con la componente del *allos* (otro) y el *kata* (aspecto de arriba-abajo, de totalidad), sugiere y remite a algo que era «otro», distante, ajeno, y que se aproxima, se hace propio, es atraído, aspecto este bien recogido también en la etimología de la palabra latina, *re-conciliatio*, y desde ella en nuestras lenguas romances, volver a unir-conciliar lo que estaba desunido. El término, en el griego clásico y en el uso común en la época de Pablo, había adquirido un sentido característico

4. Sin duda fundada en su experiencia, porque se trata de afirmar y defender su relación con Cristo, el haber sido admitido a la intimidad con él y asociado a su ministerio, a pesar de que se encontraba «lejos», fuera y contra la comunidad de discípulos de ese Cristo, de que era perseguidor de la Iglesia (cf. Hch 9, 1-5 y paralelos; Gal 1, 11-15; 1 Cor 15, 9; Flp 3, 6).

y específico: la restauración de la relación y convivencia matrimonial después de una ruptura, la re-admisión en la propia casa por parte del marido de la mujer que de ella había escapado o había sido alejada. El propio Pablo conoce este uso, cuando hablando de los casos concretos y problemáticos que le plantea la comunidad de Corinto, les dice: «En caso de separación, les mando no yo, sino el Señor, que no se vuelva a casar o que se 'reconcilie' con su marido (vuelva a convivir con él)» (1 Cor 7, 10).

El mismo alcance se acentúa, si, como sugiere la nota de la Traducción Ecuménica francesa de la Biblia (TEB), Pablo puede haber elegido el término «reconciliación» movido por la sensibilidad de los corintios que, pocos años antes, el 44, habían hecho la experiencia de que «con motivo de la reconstrucción de la ciudad, César proclamó una 'reconciliación', acogiendo, de Grecia y de todo el imperio, personas de un pasado comprometido, que se beneficiaban de una amnistía»⁵.

A partir del alcance lingüístico, se comprende mejor la apropiada aplicación a Cristo, la descripción de la obra de Cristo en términos de «reconciliación». Cuando se habla de reconciliación enseguida pensamos en el perdón del pecado. No es esta la intención de Pablo. La reconciliación se refiere a las relaciones interpersonales. Acontece allí donde se había roto una relación, donde la cólera, la ira, el odio, el deseo de venganza, la enemistad, una ofensa personal, se habían instalado, habían construido un muro de separación, rompiendo una relación anterior cordial, amistosa, humana, bien sucedida. No designa, por tanto, ni la misericordia, la actitud de compasión y proximidad afectiva y efectiva con el afectado por la miseria de cualquier tipo, ni, propiamente hablando, tampoco el perdón del pecado, la superación de la ofensa recibida, sino un paso posterior, la decisión de restablecer la relación entre el ofendido y el ofensor, la decisión de reanudar la relación rota por la ofensa⁶.

Describir la obra de Cristo como reconciliación pone el acento en que la relación de Dios con el hombre, por obra de Cristo, de su muerte, de su cruz, de su sangre, se ha reanudado. Dios Padre ha puesto punto final a la ruptura de la relación causada por la condición pecadora del hombre y

5. Así lo sugiere el mismo J. Becker: «Quizás late al fondo la metáfora de un soberano que se reconcilia con una provincia rebelde y hace irreversible la reconciliación buscando la plena integración del territorio en sus dominios con igualdad de derechos; en lugar de alcanzar su objetivo sojuzgando militarmente a los enemigos, elige inesperadamente el camino de la superación de la enemistad mediante la reconciliación» (*Pablo, el apóstol de los paganos*, 464).

6. A este respecto y en esta misma línea, cf. el comentario de F. Mussner al texto de Colosenses 1, 20, en *Carta a los colosenses. Carta a Filemón*, Barcelona 1970, 45-46.

por su pecado personal. Si éste alzaba un muro que impedía la relación, la obra de Cristo ha derrumbado y destruido el muro, ha puesto fin a la enemistad entre Dios y el hombre⁷.

La afirmación de Pablo «Dios nos ha reconciliado consigo en Cristo», debería parafrasearse, pues, así: «abandonad la idea pagana de que Dios es vuestro enemigo. Por mucho que se hable de él en términos de cólera, de ira, de castigo, que parece sugerir que no quiere saber nada más de vosotros, que se desentiende de vuestra suerte; no es verdad, él no es vuestro enemigo. La cruz, la sangre, la muerte de Cristo, demuestran de un modo convincente que Dios es y quiere ser el amigo del hombre»⁸.

El fruto de la reconciliación es la paz, la ausencia de enfrentamiento, la eliminación de la violencia, el establecimiento de la armonía, la desaparición de la tensión, de la huida, del miedo, de la vergüenza, y por tanto, el disfrute de la vida y la seguridad de la existencia que procede de la relación. Todo ello sintetiza el misterio de la salvación.

Dios en Cristo ha firmado la paz definitiva con los hombres⁹. Por eso Pablo afirmará con toda solemnidad que «estamos en paz con Dios» (Rom 5, 1), que Cristo es nuestra Paz (Ef 2, 14.17; cf. Col 1, 20). «La reconciliación acontece cuando Dios, ofreciendo el perdón, cambia la enemistad en un estado de paz (Rom 5, 1), de forma que los enemigos reconciliados no pueden ser ya ‘separados’ del amor de Dios y de Cristo (Rom 8, 35) y lo reciben todo ‘gratuitamente’ (8, 32). El campo semántico aparece dominado por la dinámica interna de lo sorprendente: los enemigos esperan la guerra y se les ofrece la paz. Dios no responde al hombre con el mismo tono sino que supera la enemistad con la reconciliación»¹⁰.

3. *Perspectivas y acentos teológico-espirituales*

a) *Una obra de Dios (2 Cor 5, 18.19)*

El sujeto iniciador y consumidor de la reconciliación es Dios. «Esto constituye la novedad teológica frente al pensamiento religioso extracristiano que únicamente sabe de la divinidad como objeto del quehacer reconciliador del hombre»¹¹.

7. Cf. L. Coenen - E. Beyreuther - H. Bietenhard (eds.), *Reconciliación*, en *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento* (citado como DTNT), Salamanca 1984, IV, 43.

8. F. Mussner, *Carta a los colosenses. Carta a Filemón*, 46.

9. K. Kertelge, *Carta a los romanos*, Barcelona 1973, 104-105.

10. J. Becker, *Pablo, el apóstol de los paganos*, 484.

11. DTNT, 42.

La reconciliación no es una acción del hombre. No es el hombre el que se reconcilia con Dios. La reconciliación no se consigue como si Dios, irritado, encolerizado, teniendo todo el derecho a proclamar el final de la relación con el hombre si sus reacciones fueran como las de los humanos, si fuera hombre y no Dios, calmara su ira, se dejara aplacar, atraer, convencer, obligar, por nuestras oraciones, ofrendas, sacrificios. «Es Dios mismo quien actúa estableciendo una nueva relación entre él y el mundo»¹². «La *katallagé* obrada por Dios es, pues, la actuación cumplida (Rom 5, 10), que precede a todo obrar humano. Ese obrar humano, aun la penitencia y la confesión de los pecados, no es, pues, una actuación del hombre que provoque la reconciliación y a la que Dios 'reacciona', sino que más bien ocurre al revés: es 'reacción' del hombre, necesaria y exigida como tal»¹³. Dios es el que ofrece la reanudación de la relación. Perdonado el pecado, eliminada la ofensa, decide por propia iniciativa, en Cristo y por Cristo, abrazar de nuevo al hombre, brindándole su amistad, su amor.

La afirmación no hace sino aplicar a la reconciliación el mensaje presente y común ya en el Antiguo Testamento sobre el Dios «misericordioso y clemente», que revela su ser en y como «benevolencia y fidelidad» (cf. Ex 34, 6-7; Sal 103, 8-14). La reconciliación es un nuevo nombre para indicar la renovación de la alianza, actuación libre, soberana y espontánea y amorosa de Dios, repetida una y otra vez hasta la saciedad a lo largo de la historia del pueblo de Dios, ante la también constante y repetida ruptura de la misma por parte del pueblo. Por todo ello, hacen bien las Biblias modernas al traducir la exhortación de 2 Cor 5, 20 no por «reconciliaos con Dios», sino por «dejaos reconciliar con Dios»¹⁴.

b) *Por medio de su sangre derramada en la cruz (Col 1, 20)*

Desde la afirmación de que la reconciliación es obra de Dios y no conquista del hombre ha de entenderse la expresión «por medio de su sangre derramada en la cruz» (Col 1, 2), o las equivalentes: «en su muerte» (Rom 5, 10), «en su cruz» (Ef 2, 16).

«Por medio de su sangre» no debe entenderse en la línea cultual como si la sangre fuera el precio a pagar por el hombre para obtener el cambio de actitud de Dios en la relación, la restauración de su amistad, como si lo que hubiera de ser suprimido fuera la «enemistad» de Dios con el hombre.

12. K. H. Schelkle, *Segunda Carta a los corintios*, Barcelona 1969, 107.

13. DTNT, 42.

14. Cf., por ejemplo, la traducción de *La Biblia* de «La Casa de la Biblia», en el lugar respectivo.

La expresión, como todas las demás que la completan, indica que la reconciliación es un acontecimiento histórico concreto y que se ha realizado en y por medio de una persona concreta, Jesús de Nazaret.

Es enormemente significativo a este respecto que varios manuscritos griegos de la Carta a los colosenses, en lugar de la expresión habitual, «por la sangre de su cruz», escriben sólo «por Él», lectura que aunque más difícil a la TEB le parece más primitiva y original, explicando el cambio por tratarse de una expresión frecuente en otros textos y muy repetida en Pablo¹⁵.

Con tales expresiones se designa «una vida entregada hasta la consumación»¹⁶, el hecho de la reconciliación «se lo coloca en la entrega de su vida por parte de Jesús»¹⁷.

La sangre, la muerte, la cruz, remiten a algo más hondo, más «personal», a ese «por Él», a su «amor hasta el extremo», el que lleva a Jesús a la entrega hasta la muerte violenta. Es ese amor, a Dios Padre y a los hombres, el que ha podido ser calificado como «matar en sí mismo la enemistad» (Ef 2, 16).

Con la expresión «por la sangre de Cristo», «no tenemos que vérnosla con una inmolación cruenta realizada por sí mismo desde una conciencia de homenaje a la voluntad de Dios o de contribución a la liberación de un pueblo o al triunfo de una causa»¹⁸. Ni como el precio exigido por una justicia vindicativa que aplacara la cólera de Dios irritado. Si es verdad que toda sangre derramada clama al cielo y pide justicia, como en el caso de la sangre de Abel (cf. Gn 4, 10), la sangre de Cristo reclama, atrae y realiza el restablecimiento de la relación, porque es muestra, señal y expresión de su adhesión al Padre en su proyecto de reconciliación con los hombres, a la vez que de la propia amistad de Cristo para con los hombres (cf. Heb 2, 10-16). En su entrega hasta las últimas consecuencias, hasta la muerte, al Padre por los hombres, Jesús, en sí mismo, «da muerte a la enemistad» (Ef 2, 16), «destruye el muro de enemistad que los separaba» (Ef 2, 14). Esta sangre derramada habla, clama y grita al cielo «mejor que la de Abel (Heb 12, 24), «porque fue no solo padecida sino también ofrecida, entregada, pero en vez de pedir venganza, pide, grita y ofrece perdón, reconciliación y paz»¹⁹ de parte del Padre por la acción del Espíritu, para la humanidad toda.

15. Cf. TEB, *ad locum*.

16. M. Bouttier, *Reconciliar*, en J. J. von Allmen, *Vocabulario bíblico*, Madrid 1968, 281.

17. K. Kertelge, *Carta a los romanos*, 104.

18. L. Rubio, *La Eucaristía en cuanto sangre*, X Jornadas de espiritualidad de la Preciosa Sangre, Cáceres 2005, 29.

19. *Ibid.*, 31.

El hecho y el proceso de la reconciliación de Dios con el hombre en Cristo y por Cristo, en su cruz, en su muerte, en su sangre, podríamos glosarlo en estos términos: Dios, llevado de su benevolencia, de su «ser bueno, misericordioso, clemente y fiel», y por tanto, de su «querer bien», establece, ya desde la creación del hombre a su imagen y semejanza, una relación cordial, amistosa con los hombres, les brinda su amistad. El hombre considera que esa relación lo limita, lo condiciona, lo disminuye, lo esclaviza, y por ello no acoge el convite, rechaza la relación.

Ante este rechazo lo lógico sería que Dios, reaccionando al estilo humano, montara en cólera, e irritado, rompiera la relación, se instalara en la enemistad dejando al hombre abandonado a la suerte por el propio hombre elegida, que le llevaría sin duda alguna a su destrucción, perspectiva ésta que, por motivos pedagógicos, aparece habitualmente en el Antiguo Testamento, cuando se atribuyen las situaciones dramáticas de la historia de Israel a una especie de «arrepentimiento» de Dios ante la actitud del pueblo, (cf. Gn 6, 5-7; Ex 32, 33; Nm 14, 11, y en la predicación profética, sobre todo con ocasión del destierro). Pero como Él es un Dios y no un hombre, como sus caminos no son nuestros caminos ni sus pensamientos son como los de los hombres, se deja llevar, en vez de por su ira o cólera, por sus entrañas de misericordia y clemencia, por su propio ser, siente pena de la condición humana, de su error, ignorancia y fragilidad, se le conmueven las entrañas maternas que le constituyen, y una y otra vez reitera su disposición a restablecer la relación, a reconciliarse con la humanidad.

Y esto es lo que acontece en y por su Hijo en Cristo, en su muerte. El obstáculo que impedía la relación, que es la enemistad del hombre, queda roto, destruido, derrumbado en y por el amor, la confianza y la entrega de Jesús, y por él y en él para toda la humanidad de todos los tiempos y todos los lugares.

Como expresión última y suprema de esta disposición envía a su propio Hijo que asume la condición de pecado del hombre y, por su parte y en sí mismo, la supera y elimina acogiendo la oferta de relación no ya solo de imagen y semejanza, sino de filiación, y, en ella, de fraternidad con los hombres, y llevándola hasta sus últimas consecuencias, la mantiene hasta y en el momento más dramático de su existencia, el de la muerte en cruz. En la cruz, en el derramamiento de su sangre, en la muerte, consume Él la acogida de la relación de filiación perfecta respecto de Dios («obediencia reverencial», dirá Heb 5) y de fraternidad con los hombres todos. Así Él y en Él realiza la «muerte de la enemistad» para con Dios y entre los hom-

bres «haciendo de los dos (de todos) un hombre nuevo, restableciendo la paz con Dios y entre los hombres divididos y «pone así las bases para una humanidad nueva, reconciliada, en paz»²⁰.

c) *En la Iglesia y por la Iglesia: alcance cósmico*

San Pablo contempla la reconciliación en Cristo como la realidad básica, fundamental, fontal, originante. Serán sus discípulos, en las nuevas circunstancias que les toca vivir, especialmente en la confrontación con las primeras corrientes del pensamiento y la praxis gnóstica, los que seguirán profundizando y ampliando lo que significa y entraña esa reconciliación, y pondrán de relieve, entre otros aspectos, lo que podemos llamar el «alcance cósmico», que supone la realización y concreción de la reconciliación de Cristo en y por la Iglesia. «La paz, la plenitud de la salvación mesiánica (cf. Is 9, 5-6; Miq 5, 4) se concreta en la fundación de la Iglesia y recíprocamente la paz sellada en el pueblo de Dios, tiene una repercusión cósmica»²¹.

Así lo vemos en Efesios y Colosenses, donde leemos estas afirmaciones explícitas: «Por Cristo quiso Dios reconciliar consigo todas las cosas, tanto las del cielo como las de la tierra» (Col 1, 20). «Con esta expresión 'todas las cosas' da a entender el autor que la obra de la reconciliación no se refiere solo a Dios con los hombres. Hay enemistades de la más distinta y múltiple índole, por ejemplo, en las religiones y en los pueblos. Y especialmente en el reino del espíritu y de los espíritus. La gran obra de la reconciliación de Dios se efectúa por medio de Cristo y con miras a él. Así como el mundo fue creado con miras a Él (cf. Col 1, 16) así también la eliminación de toda clase de enemistades se dirige en último término a Él, que es la paz en persona (Ef 2, 14) y que purificó por la sangre de su cruz (Col 1, 20), que fue derramada por todos, sean quienes fueren y cualquiera que sea el pueblo y la religión a que pertenezcan. Cristo es el gran instaurador de la paz en el mundo, su sangre es la garantía de la paz. Una paz que abarca todos los espacios y tiempos»²².

1. *El cosmos humano: hermanamiento entre los hombres*. La Iglesia es ese ámbito de realización de la reconciliación que llamamos cósmica, con todo el alcance que la expresión sugiere, el espacio o cosmos humano en que la reconciliación se da y manifiesta, y desde la que y por medio de la cual se extiende al cosmos «cósmico» (Col 1, 22; Ef 2, 19).

20. DTNT, 43.

21. TEB, nota a Ef 2, 14.

22. F. Mussner, *Carta a los colosenses. Carta a Filemón*, 46-47.

En las Cartas a los colosenses y a los efesios se explicita que la esencia de la reconciliación realizada por Dios en Cristo consiste en la destrucción del «muro» que encierra y separa a los hombres entre sí, la enemistad y odio sobre el que se fundamentan las relaciones mutuas entre los hombres en todo tiempo y lugar, y que los ha llevado y lleva permanentemente a la confrontación violenta, a la lucha destructora, dominadora, asesina, de unos contra otros, de unos pueblos contra otros. Como caso típico de este enfrentamiento se cita la oposición de judíos y paganos, que halla su realización reconciliadora en la Iglesia.

La Iglesia, en efecto, es definida en estas cartas, en primer lugar, como «pueblo de Dios» único, en el que entran, forman parte y pertenecen como miembros de pleno derecho, como «conciudadanos», todos los «sin patria», los «extranjeros y advenedizos» (cf. Col 1, 22; Ef 2, 19); como «familia de Dios», en la que unos y otros, en este caso los dos pueblos más íntima y profundamente enemistados entre sí, los paganos y los judíos, se encuentran y relacionan en «un solo y único cuerpo, en una y única familia, como 'hijos' de Dios y 'hermanos' en Cristo entre sí, en un único 'templo', consagrado al mismo y único Señor, en el que unos y otros son como 'piedras' bien ensambladas entre sí 'en un mismo Espíritu' y por el cimiento único de los apóstoles y profetas, y por la piedra angular única que es Cristo (cf. Ef 2, 19-20).

Aun con la dificultad de entender todas estas expresiones cargadas de un trasfondo polémico, sin duda, con las primeras manifestaciones del pensamiento y la cultura gnóstica, se percibe claramente la intención fundamental, que uno de los comentaristas más autorizados de las últimas décadas de la Carta a los Efesios, H. Schlier, expresa en estos términos: «El edificio eclesial está siendo bien trabado en Cristo. Es un edificio cuyas piedras encajan bien unas con otras, 'en Cristo', y en Él se mantienen bien encajadas. Y en estas condiciones el edificio 'va creciendo. La Iglesia se fundamenta en el cuerpo de Cristo en la cruz. La Iglesia es en Él la única nueva humanidad en la cual queda destruido el anatema que separaba de Dios a la humanidad y que separaba a unos hombres de otros, y queda destruida la enemistad y la ley casuística y legalista y queda instaurada la paz, que es Cristo mismo. Pero la Iglesia es también la polis celestial, la familia celestial, el edificio celestial que es al mismo tiempo un cuerpo, precisamente el cuerpo de Cristo; la Iglesia es, como quien dice, una institución de personas, una corporación. Lo es por estar integrada en Cristo y por estar fundamentada concretamente en los apóstoles y profetas, creciendo constantemente para ser templo santo en el Señor. Lo es siempre,

y, al mismo tiempo (y no hay en ello contradicción), como edificio terminado que va creciendo. La Iglesia, en Cristo, y por el constante número de miembros que se incorporan a ella, se encuentra en camino hacia la realización de su propia esencia, que consiste en ser morada de Dios en el *Pneuma*. En este constante crecimiento de la Iglesia para realizarse a sí misma se revela sin más la dimensión de la santidad»²³.

La Iglesia está constituida y puesta en el mundo y en la historia como el espacio de reconciliación y de paz adquirido en y por Cristo y destinado a todas las personas y grupos del mundo entero.

La reconciliación de Dios en Cristo ha hecho que la separación más profunda, violenta y dramática, que es la que se fundamenta en motivos religiosos, sobre todo si van unidos a motivos étnicos o racistas, se halla superada, suprimida. Él ha hecho de los dos pueblos (judíos y paganos, judíos y griegos) uno solo, «destruyendo el muro de enemistad que los separaba» (Ef 2, 14). Ya no permanece válido ninguno de los motivos de separación, de división, de ruptura de la relación que en la historia han sido. Ya no hay, como afirma Pablo en otro contexto y desde categorías más directamente antropológicas y sociológicas, judío o no judío, esclavo o libre, varón o mujer, «porque todos sois uno en Cristo Jesús» (Ef 2, 36), o como se expresa Col 3, 11, «judíos y no judíos, circuncidados y no circuncidados, bárbaro y escita (civilizados y no civilizados; primero y tercer mundo, diríamos hoy), esclavos y libres» (Col 3, 11)²⁴.

En la Iglesia ya no hay extranjeros. Todos los sin patria, los que no tienen casa, familia, encuentran ahora su casa, su hogar, su familia, su patria en el Cuerpo de Cristo, que hermana a todos los seres humanos. La Iglesia es el lugar, espacio, ámbito en el que tiene lugar ya aquí en la tierra el hermanamiento entre todos los hombres, en el que se han superado de derecho todas las divisiones, en que las enemistades quedan radicalmente derribadas.

No es que en ella esté ya concluida y realizada la reconciliación. Pero en ella se da la base y el compromiso de ir realizando, recreando permanentemente, la reconciliación. Y el reclamo para aspirar a realizarla para cuantos viven enemistados, distanciados, y enfrentados por cualquier causa, razón o motivo. «Crecer» (*auxein*) es la forma de ser de la Iglesia. La Iglesia es cuando crece. En este proceso de crecimiento interno de la

23. H. Schlier, *La carta a los efesios*, Salamanca 1991, 189-190.

24. Todos los comentarios insisten en estas perspectivas. Cf., por ejemplo, H. Schlier, *La carta a los efesios*, 155-163. 173-178. 183-190; F. Mussner, *Carta a los colosenses. Carta a Filemón*, 85-87; M. Zerwick, *Carta a los efesios*, Barcelona 1967, 67-81.

Iglesia para ser templo santo en el Señor, los que antes fueron gentiles, los que eran extranjeros y forasteros, son ahora ciudadanos de pleno derecho de la ciudad celestial y miembros de la familia de Dios»²⁵.

2. *El cosmos 'cósmico': la paz con los «espíritus» y elementos del mundo.* La expresión «todas las cosas, las del cielo y las de la tierra» de Col 1, 20, como ya vimos, «ofrece una grandiosa visión de la gran paz que Cristo nos trae y que abarca todos los espacios y tiempos»²⁶, «adquiere aquí su máxima extensión (amplitud) englobando el cielo y la tierra»²⁷. La reconciliación y la paz se extienden a todas las enemistades, a todas las rupturas existentes y posibles en el ámbito del universo entero. Como el propio Mussner afirma, «se contemplan aquí las enemistades de la más distinta y múltiple índole, por ejemplo en las religiones y en los pueblos, y especialmente en el reino del Espíritu y de los espíritus»²⁸.

Sin duda que en el contexto actual el primer ámbito de esta reconciliación cósmica tiene que ver con el cielo y la tierra, con el hábitat, patria y nutriente de la humanidad. Se diría que de parte de Dios se realiza en Cristo aquella decisión expresada a raíz del diluvio de «no volver a destruir la tierra». El arco iris, símbolo espontáneo cósmico de la paz en la catástrofe de los elementos, y que remite espontáneamente a esa decisión de salvar la tierra, ya no se encuentra solo en las nubes del cielo, se halla en plena tierra, arranca y desciende hasta el monte en el que está clavada la cruz de Cristo, de la que brota su sangre derramada y absorbida por ella como abono divino que la fecunda y salva de la destrucción por causa del pecado del hombre (cf. Gn 6, 13). Es en este contexto y lectura que se puede y debe contemplar el cuidado de la tierra, de la naturaleza, la ecología, como uno de los ámbitos de realización, ejercicio y prosecución de la reconciliación.

También se puede y debe contemplar la paz con todo ese mundo de «los espíritus», que se encuentran en el trasfondo de estas cartas de Pablo, y que son designados en varios lugares con los nombres de «potes-tades, principados, poderes, soberanías, virtudes, o el poder de las tinieblas» (Col 1, 13.16; cf. también Ef 1, 21; 3, 10; 6, 12).

Se trata de la interpretación que tiene en cuenta la mentalidad de aquel tiempo que admitía la existencia de fuerzas o dinamismos que encierran

25. H. Schlier, *La carta a los efesios*, 189.

26. F. Mussner, *Carta a los colosenses. Carta a Filemón*, 44.

27. TEB, *ad locum*.

28. *Ibid.*, 46.

al hombre en su propio mundo, que le impiden mirar por encima de sí, que le impiden la abertura a la trascendencia. Ese mundo de ideas, dinamis-mos, energías, que esclavizan al hombre, que le hacen concebirse como víctima de un destino ciego, impersonal, mundano o etéreo. Por tanto la cruz de Cristo nos ha traído la «paz» en relación con esas realidades que han sido suprimidas en ella, que no se consideran ya con capacidad para orientar o trastornar la vida de los hombres, todas ellas han sido clavadas en la cruz.

Todo ello, y mucho más, lo sintetiza en una página espléndida, sobre-cogedora, el ya nombrado exegeta H. Schlier, en su comentario a Efesios: «Cristo es nuestra paz, dice nuestro himno. Lo es porque él, en primer lugar, quebrantó los límites del cosmos: esos límites que, como aquel muro mítico de hierro, separaban de Dios al mundo y encerraban a éste en su propio ámbito. Cristo es nuestra paz. Porque él, en segundo lugar, juntó así las dos dimensiones, la de Dios y la del mundo, haciendo de ambas una sola, y, por consiguiente, en el mundo, que giraba en torno a sí mismo, dejó expedito un genuino acceso a la trascendencia, a la dimensión de Dios. Ahora hay un solo espacio para Dios y los hombres, que solo está deslindado por el horizonte de Dios. Ahora el ámbito de la cercanía de Dios ha quedado abierto también para los gentiles. Él es nuestra paz porque él, en tercer lugar, es el principio activo del ámbito del mundo que gira en torno a sí mismo, el principio activo que destruyó 'la enemistad' que reinaba en los cielos del mundo bajo los poderes y que, a partir de allí, reinaba también entre Israel y los gentiles; la enemistad contra Dios y de unos con otros. ¿Dónde se fijó la enemistad? ¿Hacia dónde fluye? ¿Dónde se la encuentra? En la ley judía de tipo legalista y casuista, que no es una casualidad histórica, sino que es la forma de la ley constitutiva del mundo, de la mera exigencia legal, de la despiadada provocación, según el apóstol, de la jactancia de las obras. Y, así, Cristo es nuestra paz porque derribó ese muro del poder del mundo, la ley y su enemistad, porque abolió esa voluntad divina de la que se había abusado hasta convertirla en voluntad propia y espíritu voluntarioso. Ahora bien, esto significa positivamente: Cristo es nuestra paz, porque al propio tiempo que arrebató su poder a la ley, creó en sí como nuevo hombre a la humanidad, a judíos y gentiles, y los reconcilió a todos con Dios en su propio cuerpo. ¿Dónde sucedió esto? ¿Dónde se halla el lugar de la nueva creación y la reconciliación de todos los hombres? Y ¿dónde se halla el lugar donde él derribó la ley y su tabique de separación? ¡En la cruz y en su cuerpo clavado en la cruz! En su muerte Cristo mató la mortal enemistad de las exigencias de los pode-

res del mundo: exigencias que se condensaban en forma palpable en la ley de los judíos, y de este modo Cristo dio un nuevo fundamento a todos los hombres en su cuerpo de muerte, que los abarca y sustenta a todos, a judíos y gentiles, y les da un nuevo fundamento como a reconciliados con Dios en él y por él, y a la humanidad unida en él, que es ya un único y nuevo hombre»²⁹.

Hablando en términos actuales diríamos que en ellas se contemplan todos los dinamismos «mundanos» que impiden la abertura del horizonte de la existencia humana más allá y fuera de ella misma, que empujan al hombre a no tener más horizonte que el de su existencia terrena. Es el espíritu de la competitividad, que lleva a considerar a los otros como enemigos, y, por tanto, a prescindir de ellos o incluso a eliminarlos. Es el espíritu del poder, del dominio, que rompe la relación de fraternidad, de igualdad, que tiende a reproducir las relaciones de esclavitud y sumisión. Es el espíritu de la ambición, de la avaricia sin límites, que desencadena tantas situaciones de avasallamiento de los demás. Es el espíritu de las ideologías que sacrifican al ser humano concreto por salvaguardar convicciones, ideas, proyectos. Es el espíritu de mentalidades que sobreponen leyes, ritos, normas, costumbres por encima de la atención al hombre concreto.

La Iglesia es también aquí el ámbito en el que se comprende y experimenta que todos estos «espíritus» han sido superados, suprimidos estos muros cósmicos, y no se está ya sometido a ellos, no se vive condicionado por su influencia que ha sido ya eliminada. Aun cuando también aquí haya que hablar de la necesidad permanente del «crecer», de la que se hablaba antes.

2. CONSECUENCIAS PARA EL «MINISTERIO DE LA RECONCILIACIÓN»

De estas consideraciones sobre «el misterio de la reconciliación» se derivan ya algunas consecuencias, sugerencias o desafíos para la comprensión y ejercicio del «ministerio de la reconciliación».

1. *La reconciliación, un ministerio eclesial*

El ministerio de la reconciliación, como hemos visto, no se mueve primordialmente en el ámbito de lo cultural sino en el de la condición y el de la existencia cristiana, y no es, por tanto, un acto para ser realizado por

29. H. Schlier, *La carta a los efesios*, 178-179.

personal especializado, deputado para ello. Es el conjunto de la comunidad cristiana y de todos y cada uno de sus miembros, los bautizados y que participan en la eucaristía, el beneficiario y el agente manifestador y realizador de la reconciliación obrada por Dios en Cristo.

La reconciliación es un «ministerio eclesial», de la Iglesia toda y en la vida toda de la Iglesia. Todos y cada uno de sus miembros, en todos y cada uno de los ámbitos y actos de su existencia son beneficiarios y responsables de ella. La Iglesia entera, el «cuerpo de Cristo», que experimenta la reconciliación de judíos y paganos, de esclavos y libres, de hombres y mujeres, de todas las razas, pueblos y naciones, tiene la misión esencial de continuar la obra reconciliadora de Dios con la humanidad en Cristo, de hacerla presente por su vida, su palabra y su acción.

San Pablo lo resalta con el uso de ese plural «nos»: «Nos ha sido encomendado el ministerio de la reconciliación» (2 Cor 5, 18; cf. Rom 5, 6-11). Ese «nos» no es un plural mayestático, ni es reductivo al grupo o «colegio» de sus colaboradores en el ministerio apostólico. Es el «nos» eclesial, de la comunidad en su totalidad. Por eso ya antes de este texto de la Carta segunda a los corintios, había apelado en su primera carta a esta comunidad para que superara las divisiones y enfrentamientos que en ella se estaban produciendo (cf. 1 Cor 1, 10-13; 3, 1-9; 6, 1-8).

2. Ámbitos especiales en los que ejercer el ministerio eclesial de la reconciliación

El conflicto, la división y la ruptura afectan a las personas dentro de ellas mismas, afectan a las personas entre ellas, a los grupos y pueblos, a las razas, a las religiones. Todo ello como fruto del odio, de la enemistad, del resentimiento, del anhelo de venganza. Y todo ello originado, aunque no se sea consciente de ello, o se alardee de no creer ello, en la dimensión espiritual de la persona, en su anhelo de construir su propia existencia frente y contra todos, de autonomía absoluta, de dueño, señor y dominador de todo en provecho propio, del anhelo de «ser como dios», que entraña la ruptura de la relación creatural y filial con Dios, todo lo cual recibe el nombre de «pecado».

Lo que está en juego en la reconciliación no es la ofensa, no es, como dijimos, el perdón, la eliminación del pecado, sino eso supuesto, la superación de la separación, la eliminación del distanciamiento. Su resultado, por lo mismo, es la aproximación, el restablecimiento de una relación amistosa, cordial, profunda, la reanudación y recuperación de una relación frater-

na, la paz, entre los enemistados. La reconciliación culmina la re-creación de la humanidad, el proyecto de Dios sobre el hombre, el hombre o creatura nueva (cf. 1 Cor 5, 11).

Los ámbitos de reconciliación que la comunidad eclesial debería emprender y los actos o iniciativas de reconciliación más importantes a potenciar me parecen los siguientes.

a) *La reconciliación intra-personal*

Es principio reconocido, proclamado y asumido ya pacíficamente que «solo será ministro de la reconciliación quien tiene misericordia consigo mismo», y consigue hacer las paces dentro de su propio interior, conciliar la lucha entre los distintos pensamientos y deseos enfrentados entre sí, tranquilizar el alma dividida³⁰.

En el contexto en que nos movemos no se puede seguir ignorando o siendo indiferentes ante el dato, bien conocido ya por la ciencia, de que buena parte de los conflictos que surgen y de las rupturas que provocan se puede deber al conflicto interior que las personas cargan sobre sus espaldas, de las que pueden no ser conscientes, pero que influyen en sus vidas y se proyectan sobre los demás.

No es tarea fácil, pero es necesaria y urgente. También por parte de los miembros de la comunidad cristiana. Y también por parte de los presbíteros, especialmente necesitados de ello, por el afán de perfección inscrito de ordinario en la personalidad del candidato al ministerio presbiteral y muchas veces inculcado durante el periodo de formación, y por la tendencia a una morbosa «identificación con el «personaje», la persona sagrada, el elegido, el que manda, el que sabe, el que está por encima.

Esta reconciliación con uno mismo supone y exige acoger y abrazar cada uno sus propias «sombras», aceptar los lados oscuros, vividos como negativos, que se arrastran y llevan a rechazar, a no estar en paz con el propio existir. Como lo dice amplia y hermosamente el mismo A. Grün, «es reconciliarse con la propia historia», o sea, «decir 'sí/amén' a la vida tal como se ha desarrollado. Decir 'sí' a mis padres, a mi educación, a mi carácter». «Muchos viven sin reconciliarse consigo mismos, divididos interiormente, descontentos de sí mismos y de todos, protestando continuamente contra quienes los lanzaron a ese destino. No dejan nunca de soñar en cómo les gustaría ser. Reconciliarse consigo mismo es reconciliarse con las heridas del pasado. El que evita esta reconciliación está condena-

30. A. Grün, *Portarse bien con uno mismo*, Salamanca 1997, 72.

do a proyectar sobre los otros las heridas que él mismo recibió, o a herirse a sí mismo una y otra vez. Tenemos que ser amigos de nuestras propias heridas, portarnos bien con ellas, y entonces podremos transformarlas en fuente de nueva vida»³¹.

Será especial ocupación y tarea para quienes dentro de la comunidad eclesial tienen facilidad, sensibilidad y preparación para ayudar en esta tarea. Si ellos se hallan reconciliados consigo mismos podrán prestar –y acaso ser constituidos en «ministros»– de esta necesaria y eficaz tarea de reconciliación personal.

El presbítero, desde su misión de presidente de la comunidad de reconciliación, que es la Iglesia, y de su condición de presidente de la celebración de la eucaristía y del rito sacramental de la reconciliación, tiene aquí también su primer y primordial campo de actuación.

b) *Las relaciones intraeclesiales*

En el ámbito intraeclesial³² existen demasiadas tensiones, dentro de la propia comunidad eclesial, entre las diferentes tendencias en ellas existentes, entre grupos, mentalidades, sensibilidades y movimientos.

Existen necesidades de reconciliación entre los presbíteros. A pesar de todas las reflexiones, insistencias, exhortaciones sobre la «fraternidad presbiteral», continúan prevaleciendo la vida y acción individual; prevalecen las relaciones si no de indiferencia, sí de frialdad, de distancia, incluso de ruptura entre presbíteros de procedencias distintas, de sensibilidades diferentes. Es verdad que se ha avanzado mucho en la conciencia y en la acción, pero queda tanto campo de acción y tanto camino a recorrer para el establecimiento y el restablecimiento de unas relaciones profundas, íntimas, cordiales, como corresponde a miembros de un mismo presbiterio, hermanados por el mismo sacramento de la ordenación.

Las relaciones entre el clero diocesano y el clero religioso, entre el clero y la vida consagrada en general, necesita, a pesar de los pasos que ya también se han dado, verdaderos procesos de reconciliación, y no solo de funcionamiento o de simple respeto mutuo porque de ordinario no son relaciones de cercanía, de confianza; abunda la indiferencia, la crítica,

31. *Ibid.*, 72-82.

32. No vamos a entrar en las relaciones entre confesiones cristianas ni en las diferentes religiones. Son bien conocidos y significativos los esfuerzos y gestos realizados por los últimos Papas en este sentido en sus encuentros con los Patriarcas de las iglesias cristianas orientales, últimamente con el de Rusia, así como con representantes y dirigentes de otras religiones. La mayor parte de nuestros lectores seguramente no se encuentran con posibilidades de actuación en estos campos.

la lucha, la oposición y aun en ocasiones la ruptura, especialmente en relación a la vida consagrada femenina. Existe el desconocimiento de su identidad, una cierta indiferencia, a veces una especie de conmisericordia rayando en el desprecio, una consideración utilitarista de su presencia y servicio, especialmente, hay que insistir, en el caso de las religiosas. Un trato poco reconocedor de su dignidad y de su responsabilidad.

También necesitan terapias reconciliadoras las relaciones de los presbíteros con los mismos fieles, cuando se les mantiene en lo que se ha designado «minoría de edad», cuando se los considera como meros destinatarios de la acción de los presbíteros y no corresponsables de la misión de la Iglesia a desarrollar de común acuerdo entre todos, cada uno en su respectivo ámbito y función, en y desde sus personales vocaciones.

c) Las relaciones en el ámbito de la familia

Mención aparte merece hoy la necesidad de reconciliación en el campo de las relaciones familiares. Las rupturas tan habituales y facilitadas entre los cónyuges o las mismas parejas de hecho, las agresiones y violencias tan frecuentes llevadas hasta la muerte en muchos casos entre sus miembros, sin excluir ni ignorar ya las cada vez más frecuentes entre los hijos y sus padres, indican una situación y una mentalidad ya difundida y considerada casi como normal indican que es un campo especialmente necesitado de actuación reconciliadora profunda y urgente.

La comunidad cristiana en cuanto tal no puede permanecer indiferente ante este fenómeno y tiene aquí un campo de presencia y de actuación de reconciliación bien claro y urgente

d) Las relaciones en el ámbito sociopolítico

No estará de más recordar también, aunque solo sea de pasada, las situaciones de conflicto y ruptura en el ámbito sociopolítico, donde tan presentes están los odios, las venganzas, las luchas por el triunfo personal o partidista, donde tantas heridas se infligen, tantas relaciones se rompen, tan fácil es la violencia –especialmente verbal– y no falta ya y parece acentuarse también la física con afanes de legitimación contra los considerados poco menos que enemigos a eliminar. Campo este también que no debe quedar al margen de la acción y preocupación reconciliadora de la comunidad eclesial, y en el que con frecuencia y abundancia se encuentran envueltos los mismos miembros de la comunidad eclesial.

En este ámbito la función y encomienda de reconciliación afecta especialmente a los cristianos laicos desde su peculiar vocación secular, ani-

mados por la «caridad social» o «política», que les debería animar con los cauces y acciones adecuadas a intervenir ayudando a tender puentes, a darse las manos, a encontrar soluciones comunes, donde se establezcan sí, las relaciones de la justicia, pero se den pasos más en la línea del ideal más propiamente cristiano, en el establecimiento de la reconciliación de los corazones divididos, de relaciones de paz profunda³³.

3. SUGERENCIAS DE ACTUACIÓN PARA PRESBITEROS

Ya en los párrafos anteriores se ha aludido a responsabilidades y funciones de los presbíteros en algunos de los ámbitos de la acción reconciliadora de la Iglesia. Ahora nos fijamos en algunas condiciones y ofrecemos algunas sugerencias para presbíteros para la vivencia y el ejercicio del ministerio de la reconciliación por parte de ellos.

1. *Animar la conciencia y las acciones de reconciliación*

La primera y principal es que, desde su función de «presidentes de la eucaristía», fuente y culmen eclesial de la reconciliación, y del «acto sacramental de la reconciliación», se conviertan en «animadores» de la conciencia y de la acción reconciliadora de la comunidad eclesial que se les ha encomendado.

Para ello, tendrán que estar atentos y poner todo su empeño en detectar las divisiones, enfrentamientos y conflictos que existen o puedan estar fraguándose en la comunidad concreta que preside. Tendrán que esforzarse por ayudar a la toma de conciencia por parte de todos los miembros de su comunidad de su responsabilidad de no dividir la túnica inconsútil de Cristo, de no ser agentes de disgregación ni de ruptura de la comunión, de ser conscientes y no atentar contra el misterio de la reconciliación realizado ya en Cristo y del que la Iglesia es beneficiaria y responsable.

Tendrán que fomentar y programar todas las acciones que puedan contribuir a que se hagan las paces entre los miembros de sus comunidad cuando se hayan dado rupturas concretas, individuales o de grupos, personales o estructurales, por motivos ideológicos o de actuaciones. El presbítero tiene que ser el primer consciente y el primer agente de que «el

33. En el Sínodo sobre la Eucaristía del año 2005 se alude a los testimonios escuchados en los grupos sinodales sobre «pueblos en conflicto», es decir, en guerra efectiva y mortífera, que «pudieron reunirse en torno a la Palabra de Dios, escuchar el anuncio profético de la reconciliación mediante el perdón gratuito, recibir la gracia de la conversión que permite la comunión en el mismo pan y en el mismo cáliz» (Proposición 49 enviada al Papa).

testimonio de paz, concordia, las iniciativas de reconciliación, son como 'sacramentos de la reconciliación' actuada por Dios en Cristo. Si hombres violentos, enemistados, realizan gestos de reconciliación, se manifiesta que están reconciliados, que es posible la reconciliación, y que éste es hoy el nombre adecuado de la salvación»³⁴.

2. *Fomentar, sostener y cuidar estructuras o instituciones de reconciliación*

Como presidente de la comunidad de la reconciliación de Dios en y por Cristo el presbítero debería poner en marcha «cuerpos», grupos, instituciones o estructuras para el ejercicio del ministerio de la reconciliación. Buscar personas dotadas de carisma, de sensibilidad y de capacidades y recursos para encomendarles –acaso «instituirlos»– el «ministerio de la reconciliación», que puedan intervenir con las personas y grupos enemistados para que lleguen a acuerdos, a darse las manos en señal de comunión³⁵. Se trataría de personas –y en este campo suelen ser más sensibles y adecuadas las mujeres– casadas o solteras, seglares o religiosas. Tendrían que ser bien formadas –y ésta sería también responsabilidad del presidente de la comunidad–, conocedoras de los mecanismos psicológicos y efectivos del perdón, que sepan y puedan ayudar a afrontar los conflictos, expertas en hacer las paces.

Está claro que uno de los campos más necesitados actualmente de este servicio de reconciliación es el de los conflictos matrimoniales, para que puedan ser resueltos no con el recurso fácil de las separaciones o divorcios, que de eso ya se ha encargado la sociedad civil, sino con la ayuda apropiada poder llegar a reanudar la relación, la convivencia. No en vano el término «reconciliación», como dijimos, expresa en su origen la reanudación de la convivencia matrimonial³⁶.

34. A. Duplex, *Dieu nous a confié le ministère de la réconciliation*: Prêtres Diocésains 2 (1993) 173.

35. Se podría aducir la exhortación que hace el mismo san Pablo en la comunidad de Corinto donde, en su primera Carta apela a la responsabilidad de los creyentes en Cristo para resolver los conflictos sin necesidad de acudir a los tribunales paganos (cf. 1 Cor 6, 1-8). Y se podría recordar también esa institución social, que es conocida como «el juez de paz», que al menos en las comunidades pequeñas sigue existiendo, creada sin duda por la Iglesia desde tiempos inmemoriales, y que son personas buenas reconocidas y aceptadas por todos para hacer las paces entre los vecinos que han entrado en conflicto. Las circunstancias actuales aconsejan que «ministros» semejantes a estos, revitalizados, pudieran ser establecidos por parte de la comunidad eclesial.

36. Llama la atención que la sociedad y la misma Iglesia disponga de grandes «abogados» expertos en «separaciones» o declaraciones de nulidad, y sean tan pocos los especialistas en uniones, en reconciliaciones.

3. *Revitalizar las celebraciones de los ritos de la reconciliación*

Todo lo dicho no niega ni anula la función presbiteral de fomentar y presidir las celebraciones de la reconciliación, celebraciones que tienen su concreción tanto en la celebración de la eucaristía, como en las celebraciones comunitarias e individuales del sacramento de la reconciliación.

a) *La celebración eucarística*

En el ámbito de *la celebración eucarística* hay dos momentos especialmente significativos: *el rito penitencial* y *el de la paz*. Son dos momentos que habría que aprovechar para hacerlos vivos, existenciales. En la línea de lo que el Sínodo sobre la eucaristía sugería en sus propuestas: «Se necesita profundizar las dimensiones de reconciliación ya presentes en la celebración eucarística, en particular el rito penitencial a fin de que se pueda vivir en él verdaderos momentos de reconciliación» (Proposición 7). Sería el momento en que, al menos en celebraciones especiales, bien preparadas, por supuesto, se concediera un tiempo para hacer efectiva la exhortación evangélica de que «si antes de presentar tu ofrenda te acuerdas de que alguien tiene algo contra ti» (Mt 5, 23), se encontraran los ofendidos o divididos y se realizara un acto público de reconciliación mutua. Y sería el momento de que el propio presbítero, cuando se hayan dado situaciones de enfrentamiento con alguna persona o grupo de la comunidad, tuviera la gallardía y la humildad de expresar su petición de perdón y su abrazo de reconciliación con aquellos a quienes hubiera ofendido.

El *saludo de la paz* es también «una señal expresiva de gran valor y profundidad» (Sínodo, Proposición 23), puede ser revitalizado como espacio de encuentro de reconciliación efectiva entre los enemistados, que se podría preparar de antemano sentándose próximos, y que, como sugiere el propio Sínodo, se pudiera colocar en otro momento, para paliar esas sensibilidades que muestran reticencias a la efusión afectiva en el momento inmediato a la comunión sacramental.

b) *Celebraciones comunitarias de la penitencia y el sacramento de la reconciliación*

En el campo de la celebración de los ritos sacramentales específicos de la reconciliación, habría que revitalizar las celebraciones penitenciales comunitarias y el sacramento de la reconciliación.

Las «celebraciones comunitarias de la penitencia» tal como se celebran habitualmente se han convertido de nuevo en un ritual rutinario, una tran-

quilizador de conciencias que de ordinario no lo necesitan, una actividad pastoral solemne que hay que cumplir de los tiempos litúrgicos, familiares o sociales fuertes. Si se utilizan como expediente fácil para «absoluciones generales», cuando no hay urgencia será alguna, constituyen un abuso totalmente inadmisibles, y es claro que no se dan ni un a mínimas condiciones para un acto humano significativo de cualquier atisbo de reconciliación. Cuando se mantiene la confesión individual y la absolución personal por la vía rápida, difícilmente se puede considerar que se da el signo mínimo humano de comunicación de perdón y de encuentro reconciliador, pues el penitente de ordinario se mantiene en la generalidad tan criticada, del «confiéseme, padre», o de la fórmula también frecuente de «bueno, yo pecados, pecados, no tengo. Claro, que todos somos pecadores»³⁷. Sin embargo, pueden ser un medio hermoso de celebrar la reconciliación. Para ello podrían incorporar elementos de verdadera reconciliación: en primer lugar, por parte del propio sacerdote que preside la comunidad que sin duda no dejará de tener motivos de pedir perdón y solicitar y ofrecer la reconciliación a la comunidad entera, y acaso también a algunos de sus miembros, por ofensas o rupturas que haya podido provocar desde la última celebración; por parte de la comunidad en cuanto tal, como la enumeración, confesión y petición de perdón de alguna manera pública por los pecados que afectan a la comunidad, realizada por algún portavoz oficial delegado por la comunidad; por parte de los participantes aprovechando el momento para acercarse a aquellas personas a las que haya ofendido o con las que tenga conciencia de haber roto y pedirle perdón y ofrecerle algún gesto concreto de reconciliación y de paz.

La celebración individual del «sacramento de la reconciliación», de cuyo abandono tantas lamentaciones se escuchan con razón por todas partes y tantas vehementes exhortaciones oficiales y oficiosas en círculos presbiterales y en documentos oficiales de todos los niveles doctrinales y pastorales del magisterio, ya es hora de ofrecer por parte de los presbíteros la posibilidad real de celebrarlo.

Los presbíteros saben de sobra que constituye una de sus actividades prioritarias. Por eso tienen que programar y dedicar diariamente tiempos específicos para ello. Tienen que buscar espacios y ambientes físicamente acogedores que faciliten un encuentro interpersonal, donde se pueda hacer visible y audible la declaración y comunicación del perdón de Dios en nom-

37. En muchos ambientes sacerdotales se ha hecho ya humor con estos casos calificándolos de «pecadores no practicantes».

bre de la Iglesia, percibir y experimentar la alegría del encuentro con el Dios Padre misericordioso, que perdona y ofrece la reconciliación, mediante el encuentro, el apretón de manos, el abrazo acaso de quien ha sido constituido sacramento personal de ese perdón y esa reconciliación³⁸.

4. *Celebraciones de reconciliación entre presbíteros*

Son muchas hoy las reuniones, encuentros, retiros, convivencias en que los presbíteros de una diócesis se encuentran. No es raro ver que se aprovechan esos encuentros para confesarse individualmente.

Lo que aquí se sugiere es que sería oportuno aprovechar algunas de esas reuniones para celebraciones de reconciliación entre ellos.

En primer lugar, en el nivel individual, en un encuentro que no fuera puramente ritual-sacramental, sino humano, con petición de perdón, «cuando alguien tenga queja contra otro» y con algún gesto concreto y visible de reconciliación –y público, si la enemistad o el choque ha sido público y es conocido del presbiterio, cosa nada infrecuente–, por ejemplo, dándose las manos «en señal de comunión», como lo hicieron Pedro y Juan con Pablo y Bernabé (cf. Gal 2, 9).

Y en segundo lugar, en el nivel comunitario, como «presbiterio». Es claro que estas celebraciones no se podrían tener en grupos grandes, pero nada impediría que se realizara en esas ocasiones en que la reunión es de un número no muy elevado, como suelen ser las de los arciprestazgos. Podría tratarse de que, en clima penitencial, se organizara un encuentro en que los presbíteros realizaran una especie de «terapia de grupo», o mejor, «de revisión de vida», en que se expresara cordialmente, sin agresividades, sin tonos inquisitoriales o acusatorios, ni menos en tono condenatorio, y se escuchara sin pretensiones defensivas o auto-justificadoras lo que existe entre ellos de recelos, de prevención, de división. Un acto en el que, en una especie de «feed-back» espiritual, nos digamos y nos dejemos decir abiertamente, y, como se suele decir, de hombre a hombre, de cristiano a cristiano, de tú a tú, y poder clarificar, en clima de fe y de reconciliación y edificación de la Iglesia, lo que de falsedad o mentira, o de verdad, lo que se comenta de unos y de otros por detrás. Se trataría de eso que se ha llamado «desarmar la palabra», raíz de ofensa y de división (cf. Sant. 3, 1-12).

38. Resulta sorprendente por su dureza, pero acaso no esté lejos de la experiencia, una expresión del autor anteriormente citado, A. Dupleix, *Dieu nous a confié le ministère de la réconciliation*, que califica a los «confesonarios» tradicionales como «cavernas de culpabilidad más que como nuevas fuentes bautismales luminosas y liberadoras».

El Papa Francisco lo considera como uno de los aspectos fundamentales del año jubilar de la misericordia, y hablando en general de todos los cristianos y dirigiéndose a todos ellos –en otras ocasiones ha comentado algo semejante hablando a seminaristas y a presbíteros- y lo expresa en estos términos: «¡Cuánto mal hacen las palabras cuando están motivadas por sentimientos de celos y envidias. Hablar mal del hermano en su ausencia equivale a exponerle al descrédito, a comprometer su reputación y a dejarlo a merced del chisme. No juzgar y no condenar significa, en positivo, saber percibir lo que de bueno hay en cada persona y no permitir que deba sufrir por nuestro juicio parcial y por nuestra presunción de saberlo todo. Sin embargo, esto no es todavía suficiente para manifestar la misericordia. Jesús pide también perdonar y dar. Sed instrumentos del perdón, porque hemos sido los primeros en haberlo recibido de Dios. Sed generosos con todos sabiendo que también Dios dispensa sobre nosotros su benevolencia con magnanimidad» (MV 14).

Es evidente que, dada la mentalidad y la praxis individualista que también a los presbíteros nos afecta, incluso en el campo de la reconciliación, no será una práctica fácil. Pero con una metodología –la técnica del *feedback* experimentada ya y difundida por las ciencias humanas podría ser de gran ayuda también en este caso– y una preparación espiritual adecuadas no sería imposible incorporar en alguno de los encuentros presbiterales con una celebración sacramental que incluyera gestos mutuos de reconciliación y de paz. Y haría a los presbíteros más sensibles y mejor preparados para el ejercicio del ministerio sacramental de la reconciliación.

5. El presbítero como receptor del sacramento de la reconciliación

En las últimas décadas hemos asistido a una insistencia en la necesidad de que los presbíteros recuperen la conciencia de su obligación o conveniencia de que ellos mismos recuperen la práctica frecuente de la confesión o sacramento de la reconciliación. La insistencia parece estar dando frutos saludables. Y para esta práctica parece oportuno ofrecer aquí también alguna sugerencia.

Aunque a nadie se le ocurre ya volver a insistir en la «confesión semanal», como se hacía antiguamente, sí se reconoce la necesidad de recuperar una práctica habitual, periódica, no mecánica, donde el acento se ponga no tanto en las transgresiones de normas, preceptos u obligaciones –las faltas–, sino en las experiencias personales del dominio del pecado en la vida personal y en el ejercicio del ministerio.

Por ello y para ello hay que insistir en que sea dialogal, y con mediador-ministro preferiblemente fijo. Son lúcidas las consideraciones entre psicológicas y espirituales de un experimentado confesor americano que, como fruto de su saber y de su experiencia, recomendaba: «Confesarse con cualquiera y con muchos, es como desarmarse y dejar jirones de uno mismo ante muchos testigos. No podemos desparramar nuestra vida. Hace falta un testigo que realmente nos ayude. Que nos conozca, y comprenda el proceso de nuestra vida espiritual y las edades por las que vamos pasando»³⁹.

4. BREVE NOTA FINAL PARA FORMADORES DE PRESBITEROS

La mayor parte de los lectores de «Seminarios» tienen responsabilidades de formación de las vocaciones y muy especialmente de los aspirantes al ministerio presbiteral no podemos terminar estas reflexiones y sugerencias sin alguna breve referencia a su labor formativa.

En primer lugar, si el seminario se ha podido definir como un «presbiterio en gestación» y si constituye una «experiencia original de la vida de la Iglesia» (PDV 60) todo lo sugerido a propósito de los presbíteros y sobre la comunidad en general es aplicable mutatis mutandis en la «atención al viandante» que es la labor fundamental de los formadores (cf. PDV 61). Especialmente todo lo dicho sobre la conveniencia y modo de los encuentros de reconciliación entre los propios seminaristas, cuando tan fácil es que en la convivencia diaria se den entre ellos situaciones de conflicto y de división, de celos y de competición. Asimismo lo sugerido sobre las celebraciones y encuentros comunitarios de reconciliación, y sobre las celebraciones de la reconciliación sacramental periódica, habitual y dialogal y con un confesor fijo. Esto último en ellos más necesario por lo que supone en orden a la responsabilidad del propio seminarista en su proceso de discernimiento vocacional.

En segundo lugar, y en orden a ese discernimiento de la vocación al ministerio de la reconciliación y a la presidencia de la eucaristía, y la edificación de la comunidad reconciliada y reconciliadora que es la Iglesia, los formadores se esforzarán por conocer la sensibilidad y las cualidades y capacidades de cada uno de los candidatos para la vivencia personal y el ejercicio consiguiente de la reconciliación entre las personas.

39. O. Santagada, *El sacerdote, hombre reconciliado y penitente*: Seminarios 31 (1985) 169.

En este sentido la mejor sugerencia nos la ofrece la PDV hablando ya de la formación humana de los seminaristas: El ejercicio del ministerio de la reconciliación exige del candidato «capacidad de relacionarse con los demás, elemento verdaderamente esencial para quien ha sido llamado a ser responsable de una comunidad y hombre de comunión. Esto exige que el sacerdote no sea arrogante ni polémico, sino afable, hospitalario, sincero en sus palabras y en su corazón... capaz de ofrecer personalmente y de suscitar relaciones leales y fraternas, dispuesto a comprender, perdonar y consolar (cf. 1 Tim 3, 1-5; Tit 1, 7-9)» (PDV 43).

5. CONCLUSIÓN

Valgan como final y conclusión estas palabras del autor anteriormente citado en su artículo sobre «el ministerio de la reconciliación»: «Se podría decir teológicamente que en el campo actual de la evangelización, el testimonio de paz, de concordia, las iniciativas de reconciliación, la lucha contra las consecuencias destructoras de la violencia, del desprecio, del odio son, en un primer tiempo y de cierta manera, «sacramentos del amor reconciliador de Dios»⁴⁰.

40. A. Dupleix, *Dieu nous a confié le ministère de la réconciliation*, 173.